

*Se me ha pedido una colaboración sobre el tema: Ignacio de Loyola y Pedro Arrupe... **hombres abiertos a colaborar con los laicos**. Y, entre los posibles estilos que se me han sugerido para mi intervención he elegido el de una **carta de Arrupe** a los seculares colaboradores de la Compañía, siempre a partir del pensamiento auténtico de Arrupe y, a menudo, con sus mismas palabras. Josep M. Rambla, S.J.*

CARTA DEL PADRE ARRUPE A LOS COLABORADORES SEGLARES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Queridos amigas y amigos seculares:

Con el gozo de compartir una misma vida

Os escribo desde aquel lugar (¡que no es un lugar!) que un día describí con san Pablo: lo que ningún ojo vio, ningún oído oyó, ni siquiera lo vislumbró el corazón humano. Vosotros lo llamáis cielo o vida eterna o el Reino de Dios... No hay palabras apropiadas para describirlo. Lo que quiero deciros es que os veo en buen camino, porque os habéis decidido a seguir a Jesús, “el camino que conduce a la vida”, como decía mi compañero Ignacio. Y a todos nos une el mismo Espíritu Santo. Y, así, todos somos igualmente hermanos, todos llamados a la perfección evangélica, como también decía Ignacio, todos formamos una Iglesia de comunión, como yo repetía con el Concilio Vaticano II. Vosotros estáis en ruta y yo ya he llegado al término. Esto es lo primero que os quería decir: debéis estar contentos porque, siguiendo a Jesús y amando sobre todo a los pobres, os halláis en este camino que lleva a la plenitud de vida, a la felicidad total, al cumplimiento desbordante de vuestros anhelos y deseos más humanos. Y todos en la misma Iglesia de comunión de iguales.

Ser ignacianos me une especialmente a muchos de vosotros

Con bastantes de vosotros, a través de los Ejercicios Espirituales, hemos adquirido un cierto aire de familia. Nos hemos adiestrado en la misma escuela de espiritualidad y hemos bebido de la misma fuente. Muchos incluso pertenecéis a Comunidades de Vida Cristiana, con bastantes siglos de espiritualidad ignaciana secolar detrás de vosotros. Todos, unos como jesuitas y vosotros como laicos, trabajáis juntos por la Iglesia animados por el espíritu ignaciano. Y la colaboración de unos y otros “adquiere un sentido más profundo cuando todos queréis trabajar por el mismo fin que es el ideal ignaciano de la mayor gloria de Dios”.

En medio de la sociedad...

El modo ignaciano de buscar esta gloria no es alejarse de este mundo, todo lo contrario, sino “contribuir a una verdadera transformación del mundo”. Esto lo hacéis con el amor, que es el motor de todo. Ignacio decía que nos hemos de dejar mover por el amor, el que viene de Dios, que es fuente amor. Y un amor que hay que poner en obras más que en palabras. Con todo, no hemos de ser ingenuos: en el mundo, en la sociedad hemos de tener aquella lucidez que Ignacio, con la tradición cristiana más evangélica, valoró extraordinariamente y de la cual fue un insigne maestro: el discernimiento. El amor ha de ser discreto, diría él.

...con la lucidez del discernimiento

¿En qué consiste este discernimiento? En tener los ojos muy abiertos a la realidad de hoy, con sus valores y contravalores y con todas sus complejidades (culturales, económicas, políticas, etc.), como los tuvo abiertos Jesús a la realidad de su tiempo. Pero también como él, tener una mirada lúcida y crítica para captar la diferencia entre el trigo y la cizaña, lo que conduce a la fraternidad, a la justicia, a la vida o lo que lleva a destruir la vida humana de las personas o de la sociedad. De este modo el impulso del amor os llevará a comprometeros en la tarea del Reino de Dios, una humanidad renovada en un mundo transformado. Esta es una tarea apasionante que cada uno, jesuita o seglar, en su lugar y con su carisma propio, puede realizar ayudado por el gran maestro, Ignacio de Loyola.

¿Por qué no colaborar juntos?

“Vosotros tenéis la iniciativa; ya sois adultos. Sabéis lo que debéis hacer y cómo lo debéis hacer”. Con todo, sois muchos los hombres y las mujeres que os sentís llamados a intervenir y colaborar en proyectos y obras o instituciones jesuíticas. ¿Por qué no si sois de la misma familia ignaciana, como los jesuitas? No me cansé de repetir entre vosotros que esta colaboración no ha de provenir de un pensamiento raquítico y pobre: “como hay menos jesuitas que antes, ahora vamos a recurrir a los laicos”... Os lo aseguro, sentiría que éste fuese el pensamiento de algún jesuita. Ya he dejado bien claro en lo que precede que es vuestra condición de cristianos como la de los jesuitas y vuestra condición de ignacianos como la de los jesuitas lo que os une y lo que mueve a la Compañía de Jesús a proponeros vuestra colaboración. En una ocasión, cuando andaba entre vosotros, os dije: “Nos sentimos mutuos colaboradores en obras comunes en las que con gusto reconocemos en muchos casos vuestra superioridad”. Y, claro, me refería también a las mujeres, que han “tener en nuestras asociaciones el lugar que les corresponde” y esto “por justicia y reconocimiento de su persona humana”. Faltaba más...

Con buena formación

Todos vosotros, claro está, “habéis tomado una mayor conciencia de la necesidad de una formación adecuada para asumir tales responsabilidades...”. Porque “la responsabilidad va al mismo paso con la formación y la comprensión de los problemas”. Los jesuitas, ciertamente, están dispuestos con mucho gusto a colaborar en vuestra formación en la espiritualidad y estilo ignaciano de decidir y de actuar. Sin embargo, la colaboración entre vosotros seglares y los jesuitas es una cosa tan nueva y reciente que vosotros y, sobre todo mis hermanos jesuitas, debéis de hacer un buen aprendizaje de colaboración y trabajo conjunto y en equipo. Además, ¡algunos jesuitas son tan individualistas!

Nos complementamos

Me alegra inmensamente el ver como ya existe mucha colaboración de vosotros, amigos y amigas seglares, en instituciones muy variadas: en colegios y universidades, en centros de espiritualidad y pastorales, en dar ejercicios y en obras sociales, en tareas apostólicas distintas y en trabajo incluso en las curias provinciales... Además, vuestra forma de intervenir no es una simple colaboración, sino que llegáis incluso a asumir cargos de gran responsabilidad y aun de dirección. Estáis en la buena línea y agradezco vuestra generosa y valiosa colaboración.

Esta colaboración es además una muy buena manera de complementación, ya que, como seglares, con la mayor competencia y la experiencia, en campos en los cuales los jesuitas ordinariamente no son tan expertos o no lo son en absoluto, como por ejemplo, en la vida familiar, en el ejercicio de algunas profesiones o compromisos

laborales, cívicos o políticos, tenéis unas posibilidades de llegar a personas y realidades a las que la Compañía no puede acceder. Y no digamos de lo que las mujeres podéis aportar no sólo con vuestra competencia profesional, sino con vuestras cualidades femeninas y, muchas, a través de vuestra vida de familia... Y además “estamos persuadidos de que vosotros con cualidades que nosotros no poseemos, nos podéis orientar en muchas cuestiones”.

El pluralismo en las instituciones jesuíticas

También os tengo muy presentes a vosotros, mujeres y hombres, que colaboráis en nuestras actividades y en nuestros centros y no compartís nuestra fe y nuestra espiritualidad jesuítica. Os agradezco que cooperéis a la finalidad de estos centros y actividades mediante la identificación con muchos de sus valores y criterios y vuestra dedicación generosa y competente. ¿Sabéis que apreciamos la honradez de vuestras convicciones? ¿Sabéis también que vuestra presencia en instituciones jesuíticas de muchas partes del mundo ayuda a que todos progreseemos en la necesaria convivencia y respeto dentro de una sociedad pluralista como es la de muchos países? Esto es parte del trabajo por el Reino de Dios, que nosotros buscamos. Gracias, de verdad.

Deseo y esperanza

Permitidme todavía, queridos y queridas seglares, unas palabras, que quizá os sorprendan, pero que son muy importantes: “La Compañía... ha de recibir inspiración de vosotros, como vosotros de la Compañía... El Señor puede hablarnos directamente al corazón, pero también puede hablaros a vosotros y, a través de vosotros..., a la Compañía... Vosotros con vuestro ejemplo y vuestra capacidad podéis ser para la Compañía de gran inspiración: en esto haréis una verdadera obra apostólica. Debéis ser apóstoles de la Compañía. También los jesuitas necesitan apóstoles que les hablen en el nombre del Señor”. Es mi deseo y también mi esperanza.

Y, hablando de esperanza... Recordad que, cuando yo me movía de acá para allá en este vuestro mundo (“la viña del Señor”, para Ignacio), algunos me tomaban por excesivamente optimista; otros, en cambio, decían que lo mío era una gran esperanza... Éstos acertaban. Pues bien, ¿queréis una confidencia? Mirad, ahora que veo las cosas *desde arriba*, con buena perspectiva, he comprobado que, a pesar de mi gran esperanza, en materia de esperanza todavía me quedé corto... ¡Ánimo, pues!

Termino ya: Desde la “vida verdadera”, como decía el que llamáis San Ignacio y ahora para mí es simplemente Ignacio, un fuerte abrazo de todo corazón de vuestro hermano,

Pedro Arrupe,

En Compañía de Jesús para siempre

Loyola, 28 de julio de 2007

Josep M. Rambla, S.J.